

## VIETNAM

### Del F. L. N. al Gobierno Provisional Revolucionario

De Gaulle todavía tenía en ese momento más cantidad de providencia que Pompidou, y el primer ministro desapareció para dejar su puesto a otro gran visir más gris, menos ambicioso, a Couve de Murville. Pompidou se fue a la nada, pero se fue envuelto en buenas y generosas palabras. El soberano le declaró «disponible para cualquier mandato que pudiera confiarle la Nación». Ya no era más que diputado. Con este título se dirigió a él André Malraux en el banquete de despedida. «Señor diputado». Pero las palabras del gran aventurero literario tenían también la miel del futuro: «Señor diputado, levanto mi copa por su destino». Pompidou viajó, peregrinó, escribió. Esperaba. Esperaba, quizá, con sólo dos fuerzas, la del destino y la de la edad. Pero muchos veían en De Gaulle a un inmortal. No en el sentido metafórico de la palabra, no inmortal en el recuerdo, sino inmortal en la política y hasta en la vida. Estos grandes hombres suelen caer por lo que parece un accidente tonto, y De Gaulle tuvo el suyo con el referéndum del 27 de abril. Los historiadores inminentes ven en ese referéndum, convocado tan sólo por una reforma administrativa, un aspecto de la lucha del hijo de la historia contra el nieto de la historia, un deseo de mostrar que él, De Gaulle, también ganaba elecciones y que el país no había votado a Pompidou en julio de 1968, sino a él. Si era eso lo que quería demostrar, demostró lo contrario. A De Gaulle le mató en abril la derecha que había conglomerado Pompidou en junio del año anterior. Esa derecha que le negaba el poder a De Gaulle tenía ya en la mente la victoria de Pompidou. De Gaulle no caía para que el país buscara un presidente, sino para que la derecha, con una enorme fuerza, colocara en su puesto al que tenía ya elegido. Si la derecha es el destino, el destino estaba ya decidido. Todo lo demás que ha sucedido desde entonces ha sido decorado. Decorado democrático. Los fantoches de la izquierda apareciendo en las pantallas de la televisión como cabezas parlantes, insulsas y vacías —como que se le iba a dar la televisión a un comunista o un trotskista si realmente ello hubiera podido cambiar la marcha del país—, el alucinado —por su presidencia provisional— Alain Poher, hablando de un centro inexistente. Los carteles, las auscultaciones de opinión, los votantes del domingo —de los dos domingos— no eran más que coro, comparsas, espectáculo, justificación. El juego está hecho de antemano, decidido de antemano. Quién sabe ahora si es más hijo de Rothschild que de De Gaulle...

¿Qué va a hacer ahora el señor presidente? Simplemente, va a evitar que las estructuras se rompan, va a evitar que nada cambie mientras parece que todo cambia. No nos fijemos demasiado en su campaña electoral. Lo que él ha dicho durante ella apenas ha tenido sentido. Si lo analizamos bien, veremos que quizá tenía más sentido —porque tenía más base real, más sostén en las estructuras bases de quienes ejercen el poder— que lo que han dicho los otros candidatos. Si en Francia hay cambios en el poder, no serán los que proporcione el sistema electoral, la constituciones elaboradas por De Gaulle —y, a su sombra, por el Pompidou que se beneficia ahora de ellas y que quizá pensaba ya que estaba cortando su propia tela—, sino los que produzcan los choques entre política y sociedad. Hay que pensar, ahora, que se va a vivir un régimen mucho más coherente que el anterior. Más claro, más directo. De aquí a seis meses ya no habrá, probablemente, ninguna de las contradicciones que eran propias del degolismo. Antes de seis meses, antes de un año, no habrá contradicción entre el capital y los intereses de Israel, entre el occidentalismo y los de Estados Unidos, entre el nacionalismo y la construcción de Europa. Este nuevo régimen, este pompidulismo, tendrá la ventaja de ser claro, más directo. Más normal. Lo encabeza un hombre decidido y moderado, inteligente, excelente político. Lo sostienen todos los grandes intereses económicos del país, y entre dinero y dinero no hay contradicciones en cuanto a formas de gobierno. Su única flaqueza puede ser el triunfalismo. Que crea que toda la fuerza está en sus manos y que nadie se la puede arrebatar. Que olvide mayo de 1968, no como anécdota, sino como muestra de un fondo francés, como síntoma de algo que está pasando.



LA SEÑORA NGUYEN THI BINH, MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES.

La creación por el Frente Nacional de Liberación del Vietnam de un Gobierno provisional, tiene una extraordinaria importancia diplomática. Desde hace años, las tropas del cuerpo expedicionario de los Estados Unidos luchan específicamente para evitar que los guerrilleros conquisten una ciudad de importancia que pueda convertirse en nueva capital del Vietnam del Sur con un Gobierno revolucionario. Aun sin esta baza geográfica, el F.L.N. ha considerado oportuno en este momento establecer por primera vez un Gobierno que planteará a muchas naciones la necesidad de reconocimiento. La primera ha sido Argelia, que ha decidido convertir en Embajada la representación del F.L.N. en Argel, y enviar un embajador argelino cerca del Gobierno Revolucionario Provisional del Sur del Vietnam. La rapidez con que los argelinos han reaccionado parece dar a entender que se trataba de un acontecimiento previsto y tratado, y, aún más, que probablemente había quedado establecido que fuese un país del tercer mundo, de régimen no comunista, el que diera este primer paso con carácter de precedente. Tampoco el Gobierno revolucionario del Vietnam del Sur aparece como una formación de régimen comunista, sino que entre sus veintidós miembros se cuentan representantes de distintas tendencias políticas, de las distintas religiones mayoritarias y minoritarias del país y de los grupos étnicos. Es indudable que las conversaciones de paz en París van a estar ahora conducidas por parte del F.L.N. como una delegación gubernamental y tendrán otro valor diplomático. El precedente más inmediato es el de Argelia —ra-

zón también importante para que ese país mogrebí sea el primero en reconocer el nuevo Gobierno—, cuya transformación política siguió el mismo camino que ahora sigue el Vietnam del Sur: combatientes aislados, creación de guerrillas cada vez más compactas y más unitarias, formación de un Frente de Liberación y, finalmente, Gobierno provisional. En Washington ha causado una cierta inquietud la declaración de principios del nuevo Gobierno, en la que se dice dispuesto a alcanzar una victoria «total y completa» sobre «el agresor americano», pero otros comentaristas estiman, por el contrario, que la formación de este Gobierno era un paso necesario para la formación de un Gobierno de coalición en Saigón que termine la guerra y prepare las elecciones libres. La presencia en el Gobierno, como ministro de Asuntos Exteriores, de la señora Nguyen Thi Binh, que representaba hasta ahora un papel importante en las negociaciones de París, hace suponer a esos observadores optimistas que, a pesar de las declaraciones de principios, el Gobierno Provisional Revolucionario va a ser bastante negociador. Tiene ahora un gran interés ver qué países, neutralistas o comunistas, van a reconocer este Gobierno. Es también interesante la reacción que pueda tener Francia con su nuevo Presidente. En París existe ya desde hace tiempo una delegación del F.L.N. con cierto «status» diplomático, con sede en un callejón de Montparnasse, tras el histórico café de «La closerie des Lilas». La elevación a categoría de Embajada de esa delegación será una piedra de toque para saber qué queda de las doctrinas degolistas en el nuevo régimen francés.